

LA FE, LA ESPERANZA Y LA CONFIANZA

por Francisco-Manuel Nácher

La fe implica siempre confianza y esperanza. Confianza - elemento pasivo - en que lo creído es cierto, y esperanza - elemento activo - en que se produzcan las consecuencias que se prometen.

Sin confianza no hay fe. Sin fe no hay confianza. Y sin ambas, no hay esperanza. ¿Es que son lo mismo la fe y la confianza? ¿Qué es primero? Sin duda, la confianza. ¿Y la confianza de dónde nace? De la experiencia. Bien en lo que ha de ser objeto de la fe, bien en la causa de ese objeto de la fe. Pero siempre hay una base empírica en toda fe. La esperanza es ya un elemento posterior, activo, como he dicho.

Si yo creo que Fulano es bueno es porque he tenido algún contacto con él o tengo alguna referencia suya o de otro, al cual lo asocio, que me merece confianza. Pero es imposible tener fe en alguien sin realizar antes una asociación mental de ese alguien con algún acontecimiento anteriormente vivido, que nos dé pie para creer - y luego esperar - en su bondad.

Si yo creo en Dios es porque he llegado a la conclusión de que debe existir un ser que haya creado todo lo existente. Si creo en lo que la iglesia me dice sobre Dios, es porque la iglesia me ha merecido confianza antes y, por tanto, la considero digna de que yo crea lo ella que me dice. La prueba está en que, cuando la iglesia hace algo que va en contra de lo que a mí me parece correcto, - la Inquisición, por ejemplo - pierdo la confianza y entonces dejo de creer lo que me dice y, por tanto, dejo de creer en Dios, tal y como me lo expone, y de esperar el cielo o temer el infierno de que ella me habla, porque no son coherentes el Dios que predica y la conducta que, en su nombre, desarrolla. Yo seguiré creyendo en un Ser Creador, pero en base a mi propia experiencia, a mis propias conclusiones y no a elucubraciones que no me merezcan confianza suficiente para ello. Y, consecuentemente, no esperaré, tras la muerte, ni ese cielo ni ese infierno eternos, ilógicos, injustos y tan poco coherentes con el Cristo de la Escritura como la propia Inquisición.

La fe, pues, no es más que una consecuencia de la confianza que, a su vez, implica la esperanza de algo que se deriva de la actuación de aquello

que merece nuestra confianza. Y las tres, tanto la fe como la confianza y la esperanza, miran siempre hacia el futuro y no tienen ningún sentido actual. Pero tienen sus raíces en el pasado, en la experiencia, en la prueba del fuego que supone que quien pretende tener derecho a ellas, se haya hecho primero acreedor a nuestra confianza, luego a nuestra fe y, por fin, a nuestra esperanza.

* * *